

## Ensayo #4

# La Ecuación del Yo: Una teoría singular

Gustavo J. Ferrero

## Resumen

Este ensayo desarrolla una hipótesis filosófica según la cual dos seres con condiciones iniciales idénticas y una trayectoria de interacciones equivalente se comportarían de manera indistinguible. Sobre este marco determinista se construye una exploración especulativa que articula *identidad*, *libre albedrío* y *conciencia*, al tiempo que interroga los límites de la replicación perfecta en el universo real. La *imposibilidad de la duplicación* se convierte, así, en **fundamento ontológico de la individualidad**.

El texto examina la legitimidad del juicio en un universo causal, donde la noción de responsabilidad se ve tensionada por la ausencia de libertad absoluta. El *inconsciente* se plantea no como entidad sustancial, sino como *límite epistémico* desde el cual emergen impulsos que preservan el orden causal. La *conciencia*, entendida como *inscripción simbólica*, se contrapone al *ego*, que aparece como *artificio narrativo y organizador del yo*. La *individualidad* se revela como **ilusión temporal**, sostenida por la *habitualidad* y el *relato*.

La *voluntad ética* se configura como *gesto deliberativo*, capaz de resistir lúcida y hospitalariamente ante lo dado. Hacia el final, el texto despliega una crítica a los dispositivos religiosos, concebidos como *sistemas de orden simbólico* más que como estructuras trascendentes, y propone una noción de *trascendencia como resonancia*: no lo que perdura, sino *lo que orienta al desaparecer*. En este marco, la conciencia no busca permanencia, sino *intensidad*; no se afirma, sino que *se dispone*. Lo verdadero no se sostiene en lo perdurable, sino en *aquello que modifica el silencio*.

## Abstract

**Title:** *The I Equation: A Singular Theory*

This essay develops a philosophical hypothesis according to which two beings with identical initial conditions and an equivalent trajectory of interactions would behave indistinguishably. Based on this determinist framework, it constructs a speculative exploration that interweaves *identity*, *free will* and *consciousness*, while questioning the

limits of perfect replication in the real universe. The *impossibility of duplication* thus becomes the **ontological foundation of individuality**.

The text examines the legitimacy of judgment in a causal universe, where the notion of responsibility is strained by the absence of absolute freedom. The *unconscious* is presented not as a substantial entity, but as an *epistemic limit* from which impulses emerge to preserve causal order. *Consciousness*, understood as *symbolic inscription*, is contrasted with the *ego*, which appears as a *narrative artifice* and *organizer of the self*. *Individuality* is revealed as a **temporal illusion**, sustained by *habit* and *storytelling*.

*Ethical* will is configured as a *deliberative gesture*, capable of lucid and hospitable resistance to what is given. Toward the end, the text unfolds a critique of religious devices, conceived as *systems of symbolic order* rather than transcendent structures, and proposes a notion of *transcendence as resonance*: not what endures, but what *guides in its disappearance*. In this framework, consciousness seeks not permanence, but *intensity*; it does not affirm itself, but *disposes itself*. Truth is not sustained in what lasts, but in *what alters silence*.

## 1. Introducción

La *identidad individual* ha sido una preocupación constante en la historia del pensamiento, desde las formulaciones metafísicas de Parménides y Platón hasta las exploraciones contemporáneas en neurociencia y filosofía de la mente. Este ensayo propone una hipótesis radical: que dos seres con condiciones iniciales idénticas y una historia de interacciones exactamente igual con el universo se comportarían de manera indistinguible ante cualquier circunstancia nueva. Esta conjetura, que remite tanto al *determinismo clásico* como a las nociones de *simetría* y *causalidad*, permite explorar los límites de la *individualidad*, la función de *lo inconsciente* y la naturaleza del *ego*.

La reflexión se inscribe en una perspectiva interdisciplinaria que articula elementos de la física, la psicología y la filosofía existencial. Se parte de una demostración lógica que plantea la equivalencia entre dos seres idénticos, para luego examinar las restricciones físicas —especialmente las impuestas por la mecánica cuántica— que imposibilitan dicha duplicación en el universo real. A partir de esta *imposibilidad fáctica*, se argumenta que la *conciencia* y el *ego* son construcciones emergentes que encubren una *unidad esencial del ser*, manifestada en cada instante como *unicidad irrepetible*.

El objetivo de este ensayo no es ofrecer una teoría definitiva sobre la identidad, sino proponer una meditación filosófica sobre la posibilidad de una *unidad subyacente* entre todos los seres, y sobre el papel que juegan el *tiempo*, la *conciencia* y el *lenguaje* en la construcción de la individualidad. En última instancia, se sugiere que *el conocimiento de uno* mismo podría ser, paradójicamente, una vía hacia el *conocimiento del otro*.

## 2. Hipótesis de identidad bajo condiciones idénticas

Se plantea la siguiente proposición:

Ante condiciones iniciales idénticas e igual historia de interacciones con las múltiples formas de existencia presentes en el universo, dos seres —A y B— se comportarán de manera indistinguible frente a cualquier circunstancia nueva que se les presente.

### 2.1 Demostración

La igualdad en las condiciones iniciales supone una composición material y una configuración espacio-temporal idénticas en el momento de la creación simultánea de ambos seres. En consecuencia, A y B serían réplicas exactas, tanto en su estructura biológica como en su ubicación en el universo.

Dado que cada entidad es igual a sí misma ( $A = A$ ,  $B = B$ ) y que ambos seres han recibido los mismos estímulos e interacciones del entorno, su desarrollo debería ser idéntico. Por lo tanto,  $A = B$ .

*Si toda diferencia requiere una causa, entonces la ausencia de diferencias causales implica la indistinguibilidad absoluta entre ambos. La identidad, en este marco, se convierte en una consecuencia lógica de la simetría total en las condiciones y experiencias.*

## 3. Limitaciones físicas y cuánticas

En el universo que habitamos, la hipótesis de identidad perfecta resulta inviable por diversas razones fundamentales:

- Dos entidades materiales no pueden ocupar simultáneamente las mismas coordenadas en el espacio-tiempo.
- La mecánica cuántica introduce incertidumbre y comportamientos probabilísticos, incluso bajo condiciones iniciales aparentemente idénticas.
- La complejidad de las interacciones con el entorno impide la reproducción exacta de una trayectoria vital.

Estas propiedades del universo favorecen la variabilidad, la diversidad y la multiplicidad, haciendo imposible la replicación perfecta de un ser.

*Pero más allá de la imposibilidad técnica, la estructura misma del universo parece exigir lo irrepetible como condición de existencia. La singularidad de cada ser no sería entonces una anomalía, sino el rasgo constitutivo de la realidad. La individualidad emerge no a pesar de las limitaciones físicas, sino precisamente gracias a ellas.*

## 4. La estructura simbólica compartida: horizonte intersubjetivo de la conciencia

Toda manifestación consciente se inscribe en un tejido simbólico que excede al sujeto y lo modula. Esta estructura compartida no es una grilla de signos externa al yo, sino el plano relacional desde el cual la conciencia adquiere forma, significado y posibilidad de interpretación. Es, en efecto, una arquitectura de sentido que habilita tanto la aparición como la validación de lo vivido.

No se trata de una estructura rígida, universal ni ahistórica, sino de un entramado situado, en constante revisión, donde lo singular puede resonar en lo colectivo sin ser reducido a lo común. Su potencia reside precisamente en su fragilidad: lo suficientemente estable para ordenar el caos, pero lo bastante abierta para alojar lo intempestivo sin clausurarlo.

En este marco, la conciencia deja de concebirse como instancia autónoma o reflejo de lo interno, y se entiende como una modulación que ocurre dentro de esta red simbólica. El yo no es propietario de su mundo simbólico: lo habita, lo transforma y es afectado por él. Por eso, toda aparición de sentido, toda articulación del mundo vivido, implica una co-participación en esa estructura que permite narrar, interpretar y vincular lo que de otro modo permanecería mudo.

Además, esta estructura simbólica funciona como horizonte epistémico: solo desde ella puede determinarse qué experiencia se considera legítima, comprensible o compartible. El lenguaje, entendido aquí como gesto simbólico, no se limita a nombrar: hospeda, modula, amplifica y restringe. El símbolo no representa: configura la experiencia.

Esta noción será clave para comprender, en el capítulo siguiente, por qué las ideas de *libertad* y *determinismo* no pueden formularse de manera abstracta, sino que emergen como posibilidades o límites que solo adquieren sentido dentro de una estructura que los simboliza. Lo libre y lo necesario, lo azaroso y lo causal, no son entidades sustanciales,

sino coordinadas simbólicas desde las cuales se organiza la atribución de sentido a lo vivido.

## 5. Determinismo y libre albedrío

La hipótesis de identidad bajo condiciones idénticas conduce inevitablemente al problema del determinismo: si el comportamiento de un ser está completamente definido por su estructura y por su historia de interacciones, ¿queda lugar para la libertad? ¿Es posible hablar de elección, de voluntad, de responsabilidad?

El determinismo sostiene que todo evento está causalmente determinado por eventos previos, según leyes físicas, biológicas o psicológicas. En ese marco, la idea de un yo que elige libremente parecería ilusoria. Sin embargo, la experiencia humana ofrece situaciones que matizan esta perspectiva y exigen repensar la noción de libre albedrío.

### 5.1 La decisión racional y la irrupción del impulso

Una experiencia común ilustra esta paradoja: el individuo reflexiona sobre sus opciones, sopesa posibilidades, selecciona la que considera más adecuada y, justo en el instante de la ejecución... cambia abruptamente de rumbo. No por una nueva reflexión, sino por un impulso que emerge sin mediación consciente.

Este fenómeno revela que la racionalidad no siempre domina el momento del acto. El “instante de la acción” parece ser un terreno en disputa entre la deliberación y fuerzas más profundas. No se trata simplemente de error o debilidad: muchas veces, el impulso se presenta como una certeza inmediata que desborda la lógica previa.

Desde la perspectiva aquí propuesta, esta irrupción puede interpretarse como una **manifestación del inconsciente epistémico**: fuerzas que provienen de una zona no racionalizada, no accesible al análisis, pero que forman parte del ser. Esta visión se enlaza con una comprensión más amplia de la realidad como construcción perceptiva, tratada en el capítulo 11.

### 5.2 La voluntad como fundamento de la responsabilidad

Frente a la tensión entre impulso y deliberación, cabe reformular la noción de responsabilidad moral. No es el resultado de la acción lo que define la responsabilidad, sino la existencia de una **voluntad deliberativa previa**. El hecho de haber reflexionado, considerado los caminos posibles y tomado una decisión racional —aunque luego se ejecute otra opción bajo el influjo de un impulso— ya implica agencia moral.

La voluntad no garantiza la ejecución, pero sí señala la presencia de sujeto. Si el cuerpo actúa sin decisión, hay acontecimiento, pero no culpa. En cambio, si la decisión está presente, aunque no se realice como se planeó, hay sujeto ético.

Esta concepción de la voluntad como fundamento moral resiste incluso si el universo opera bajo principios deterministas. La libertad no se sostiene en la indeterminación de los eventos, sino en la conciencia que se despliega dentro del marco de condiciones estructurales.

*No sientan culpa. No empeoren lo que ya hiere. No son sus decisiones: lo trágico hubiera llegado igual.*

Este aforismo condensa la tesis del capítulo: la culpa como castigo es innecesaria cuando el acto no nace de la voluntad consciente. Más allá del resultado, lo que importa es la deliberación que antecede. La libertad existe, pero no como elección absoluta, sino como reconocimiento de aquello que ya está inscripto —y actuar éticamente dentro de ese marco.

### 5.3 Neurociencia y la temporalidad de la acción

Reconocer que lo sombrío puede irrumpir sin decisión no niega la agencia, pero obliga a afinar su comprensión. La voluntad no siempre actúa desde la superficie del yo, ni en el instante en que la conciencia la declara. A veces decide antes de saberse decidida; otras, es desbordada por fuerzas que no pasaron por el umbral de lo pensable.

Para entender esa zona borrosa entre impulso y deliberación, es necesario abandonar la idea de una conciencia autónoma y puntual. Es allí donde la neurociencia ofrece un prisma distinto: uno que no clausura la libertad, pero sí la ubica en una temporalidad más compleja:

*El yo decide cuando ya fue decidido. La libertad comienza antes de saber que existe.*

Investigaciones en neurociencia, como las de Benjamin Libet, han demostrado que los preparativos cerebrales para una acción comienzan antes de que el sujeto declare haberla decidido. Este hallazgo, lejos de invalidar el libre albedrío, podría respaldar la idea de que la voluntad se inscribe en una zona temporal **anterior a la conciencia**, pero aún conectada con ella.

Así, el determinismo no excluye la libertad, sino que la ubica en un plano más complejo: **la libertad no como capacidad absoluta de elegir cualquier cosa**, sino como ejercicio de la voluntad dentro de un marco de condicionamientos. Ser libre no es ser indeterminado, sino ser consciente del propio marco de determinación y actuar deliberadamente dentro de él.

Esta comprensión de la acción humana como tensión entre impulso y voluntad enlaza con una idea clave del capítulo siguiente: la realidad misma se configura como un sistema perceptivo que construye orden sobre el caos, y la conciencia como fenómeno emerge dentro de ese marco.

*Entre el caos y el gesto, la realidad toma forma en la demora del pensamiento.*

#### 5.4 Cierre reflexivo: el yo como médium del tiempo

El instante del acto no confirma la decisión: la revela o la traiciona. Allí se manifiesta el yo no como arquitecto racional del destino, sino como **médium del tiempo**, atravesado por fuerzas que conoce parcialmente. El ego, como ya se ha dicho, es una construcción temporal. Pero la voluntad —esa chispa que nace en la deliberación racional— revela que la conciencia puede resistir, aunque sea por un momento, las corrientes profundas del determinismo.

La conciencia que delibera no es sustancia, sino efecto del orden simbólico desde el cual interpretamos el caos universal. Aun condicionada por impulsos inconscientes, la voluntad se inscribe dentro de un marco de percepción que construye nuestra realidad. Esta realidad no es objetiva ni absoluta, sino una **estructura simbólica compartida**, desde la cual decidimos, actuamos y nos atribuimos responsabilidad.

**Es importante aquí diferenciar el ego de la conciencia.** El ego se constituye como narrativa de sí, una ficción de continuidad, un intento de organizar el flujo temporal bajo una imagen de unidad. Busca estabilidad y control, se aferra a lo que interpreta como propio. En cambio, la conciencia no se apropia ni se delimita: se ofrece como posibilidad interpretativa, como campo simbólicamente habilitado para que lo vivido adquiera sentido. El ego cree poseer; la conciencia hospeda.

Puede haber conciencia sin ego, pero no ego sin conciencia. La conciencia no depende de la identidad, sino de la inscripción en una red de significación. El ego necesita una historia; la conciencia, una estructura que le permita acontecer.

Así como la voluntad moral emerge de decisiones reflexivas, también las narrativas religiosas y colectivas configuran sistemas de conducta que ordenan el comportamiento

en nombre de una supuesta trascendencia. El libre albedrío no solo opera en lo personal, sino que se halla modelado por estructuras que exceden al individuo.

*Conócete a ti mismo... y conocerás tu marco, tus límites y también tus posibilidades. Ser es decidir, incluso si el mundo no obedece.*

## 6. El inconsciente como garante del determinismo

Los impulsos no conscientes —aquellos que surgen sin un origen claro para la conciencia— podrían cumplir la función de preservar el determinismo. A lo largo de la historia, estos impulsos han sido interpretados desde diversas perspectivas:

- El inconsciente (psicología)
- Los espíritus (religión)
- Los arquetipos colectivos (mitología)
- El ello (psicoanálisis)
- La voz interior (existencialismo)
- Los algoritmos mentales (ciencias cognitivas)

Estos conceptos han sido desarrollados en profundidad en el *Ensayo #3: Pensamiento involuntario y subjetividad: el inconsciente, de entidad a límite*.

De forma análoga, las leyes físicas operan como garantes del determinismo en entidades no conscientes o de conciencia reducida. Podría pensarse que la fuerza inconsciente actúa sobre toda la materia —desde las partículas elementales hasta los organismos más complejos— y que es precisamente la conciencia, propia de los seres más evolucionados, la que comienza a modular esa fuerza en lugar de simplemente obedecerla.

Esto no implica una ruptura ontológica: la conciencia no escapa a las leyes físicas, pero sí habilita márgenes de maniobra. Por ejemplo, al arrojar una piedra, ésta se hunde en el agua según su densidad. Pero si una persona se arroja al lago, puede reaccionar: nadar, flotar, resistir. La ley física permanece constante; lo que varía es el grado de respuesta habilitado por la conciencia.

Es fundamental reiterar que la noción de “inconsciente” utilizada aquí no debe entenderse como una entidad ontológica ni como una supra-identidad universal al estilo de Eduard von Hartmann. Se propone, en cambio, una lectura del inconsciente como

**límite epistémico:** una zona de lo no sabido que no debe cristalizarse en sustancia ni estructura.

Este inconsciente, concebido como límite, no constituye una entidad ni una supra-voluntad, pero tampoco es “la nada”. Es un horizonte inescrutable del conocimiento: no por ser mágico o trascendente, sino porque excede los marcos actuales de inteligibilidad. Desde allí emergen fuerzas, impulsos o disposiciones que se manifiestan en la experiencia, aunque su origen permanezca oculto. Reconocer esta dimensión activa — sin convertirla en una ontología cerrada— permite pensar lo inconsciente como **condición de posibilidad del comportamiento**, en lugar de reducirlo a residuo o anomalía.

La exploración del inconsciente como garante del determinismo ha revelado que incluso nuestras decisiones más íntimas están condicionadas por estructuras psíquicas que operan fuera del alcance de la conciencia, desestabilizando así la noción clásica de responsabilidad individual. Si el sujeto no es dueño absoluto de sus pensamientos ni de sus actos, ¿cómo puede ser juzgado por ellos? Esta pregunta abre una nueva paradoja: la del *juicio humano frente al determinismo*. El siguiente capítulo examina cómo la justicia —institucional, moral y espiritual— se ve interpelada por la imposibilidad de acceder a la intención profunda del sujeto, y cómo esta limitación redefine el sentido mismo de la culpa, la condena y la redención.

## 7. El juicio y la paradoja del determinismo

En una concepción *determinista* del universo, cada acontecimiento —desde lo trivial hasta lo trágico— responde a una *secuencia causal* que lo antecede y lo justifica. Esta visión, que excluye la posibilidad de una *voluntad absolutamente libre*, entra en conflicto con los sistemas éticos y judiciales que rigen la vida humana. ¿Cómo juzgar a alguien por lo que hizo, si no pudo haber actuado de otro modo?

La *justicia institucional* se funda en la premisa de la *responsabilidad individual*: se juzga al sujeto suponiendo que tuvo libertad de elección. Pero si el determinismo es cierto, esa suposición se desvanece. El acto no fue fruto de una decisión libre, sino parte de una *cadena causal* que lo trasciende. En ese sentido, tanto el delincuente como el juez que lo condena son *engranajes de una misma maquinaria*: ambos actúan como deben, porque no pueden hacerlo de otra manera.

La paradoja se intensifica al observar que no todos los actos reciben juicio. Algunos crímenes quedan impunes, otros son castigados con severidad. ¿Es esto injusto? Desde una mirada determinista, no: simplemente es *lo que debía suceder*. La justicia no repara ni redime; simplemente *ocurre*. Y si ocurre, es porque no podía *no-ocurrir*.

Ante la imposibilidad de juzgar la acción, la *intención* emerge como único refugio ético. La *voluntad reflexiva* previa al acto —aunque incapaz de alterar el curso de los hechos— representa un *gesto de dignidad*. Allí se manifiesta la *ética*: no en el resultado visible, sino en el *proceso interno*. Pero esa intención es invisible para los demás. Nadie puede acceder a la mente ajena. Por lo tanto, todo juicio humano es necesariamente *incompleto*, basado en *apariencias* más que en verdades.

Desde esta perspectiva, el agresor no es un ente autónomo, sino un *canal por el que irrumpen fuerzas que lo exceden*. Su voluntad ha sido doblegada por magnitudes que no controla. ¿Puede entonces ser culpable? ¿O es apenas el *punto de manifestación de una arquitectura mayor*? Esta visión no niega el dolor causado, pero sí complica la condena. El agresor no es el origen del mal, sino su *vehículo*. Y si cada ser es un *fragmento de lo divino*, incluso el más oscuro contiene una *chispa de lo absoluto*.

La figura de *Judas* encarna esta paradoja. ¿Fue libre al traicionar a Jesús? ¿O cumplió un rol necesario en el plan divino? Si fue instrumento, ¿puede ser culpable? El *cristianismo místico* sugiere que incluso el traidor forma parte del camino hacia la redención. La *culpa* se disuelve en la *totalidad del propósito*. Y en esa disolución, se revela una verdad más profunda: que el *juicio no alcanza* para comprender la *complejidad de la experiencia existencial*.

Si el juicio humano es imperfecto, ¿deberíamos abandonarlo? Tal vez no. Aunque no garantice verdad, *sí organiza el caos*. La justicia es **relato**, no **redención**. Es una forma de *sostener la convivencia simbólica* en medio de la incertidumbre. Y aunque sepamos que todo está determinado, seguimos *buscando sentido*. Porque quizás, en esa búsqueda, se manifiesta *lo más humano de lo humano*.

*El verdadero juicio —si es que existe— no ocurre en los tribunales, sino en el silencio interior donde cada ser confronta su propia intención.*

*“Al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios.” (Mateo, 22:21)*

## 8. Corolario: La ilusión del ego individual

Si el juicio presupone un yo responsable, entonces es necesario interrogar la naturaleza misma de ese yo: ¿qué tan real es la individualidad que creemos habitar? La conciencia, en su afán de conocerse, engendra su propio espejismo: el ego. Lo que nace como apertura al conocimiento puede devenir ilusión de individualidad.

Dado que no es posible replicar condiciones iniciales idénticas, cada ser es único en cada instante. Esa unicidad no es general ni esencial, sino temporal: un ser es único **ahora**.

*Ese otro que observas podría haber sido tú, tú podrías haber sido ese otro. Solo cambian las circunstancias.*

El ego es una construcción del tiempo y de la habitualidad. A su vez, el tiempo es inmanente al ego. Un ente eterno no tendría ego, aunque sí podría tener conciencia. La individualidad, entonces, es una ilusión generada por la conciencia temporal.

*Conoce quién eres. Conócete a ti mismo... y conocerás a todos.  
Quien se busca a sí mismo, ya ha sido otro.*

Más allá de las estructuras profundas del inconsciente, existe una forma de conciencia que no requiere relato ni continuidad: una lucidez que modula el yo sin nombrarlo. A continuación, se explorará esta forma singular de habitar lo subjetivo.

## 9. Conciencia no-narrativa y modulación del yo: una forma singular de habitar el límite

La hipótesis central de este ensayo —la identidad como resultado de condiciones iniciales e interacciones acumuladas— presupone una subjetividad organizada desde la narrativa. Tradicionalmente, el yo se concibe como eje que interpreta, reconstruye y proyecta sentido. Sin embargo, ciertas manifestaciones del psiquismo humano revelan configuraciones alternativas: subjetividades que no dramatizan la pérdida ni reconstruyen el relato, sino que habitan el presente como estado, sin necesidad de continuidad.

Esta **conciencia no-narrativa** procesa lo vivido desde la inmediatez perceptiva, sin integrar cada evento en una historia del yo. Se observa en sujetos que, al atravesar situaciones límite, no interpretan la ruptura como trauma, sino como variación de estado. La afectación no se niega ni se dramatiza: se inscribe sin relato, como modulación del ánimo.

Desde esta perspectiva, el yo deja de ser centro estructurante para volverse **cauce deliberativo**. No ordena la experiencia cronológicamente, sino que la hospeda como fenómeno transitorio. La subjetividad no opera como narración en primera persona, sino como apertura simbólica que aloja sin necesidad de afirmarse.

Esta forma de conciencia permite **atravesar lo irreductible con lucidez**, sin desesperación. No por negación, sino por arquitectura subjetiva: el acontecimiento no colapsa una estructura narrativa, porque no hay tal estructura que colapsar. El sujeto no

reacciona desde el relato, sino desde la disposición. Por eso puede sostener lo intempestivo sin dramatizarlo.

En este marco, **la ética no se pronuncia como discurso, sino que se practica como gesto hospitalario**. El sujeto no busca explicarse, sino disponerse. La deliberación ocurre sin relato: se encarna en la actitud con la que el ser se deja afectar, sin aferrarse al control ni resignarse a la evasión.

Podría pensarse que esta conciencia sin eje narrativo —menos dependiente de la habitualidad simbólica— representa una modulación más sutil del yo. Una que no responde al mandato de continuidad, sino al principio de apertura. Una espiritualidad sin dogma, donde la respuesta al mundo no es reconstrucción de identidad, sino disponibilidad epistémica ante lo real.

En ciertas personas —como se desarrolló en otra investigación complementaria a este ensayo— esta forma de subjetividad parece espontánea. No requiere elaboración ni proceso: simplemente **funciona diferente**. No evade lo vivido: lo atraviesa sin retenerlo. No teme el misterio: lo habita sin formularlo.

Estas expresiones de conciencia expanden el horizonte especulativo de *La Ecuación del Yo*. Si el yo es función del tiempo, de la conciencia y de la estructura simbólica, esta modalidad interrumpe ese orden y propone otro: el del instante como única residencia, el del yo como cauce y no como centro, el de la vida como acontecimiento, no como relato.

Cuando el ego deja de ser necesario como operador narrativo, su acción se reduce por inercia. No se trata de una negación voluntaria ni de una renuncia ascética, sino de una **inactividad funcional**: el relato no se construye y, por tanto, el ego no tiene rol que desempeñar. El yo no se defiende ni se proyecta: simplemente **se dispone**. Esta inoperancia no genera vacío, sino una arquitectura más abierta de la conciencia, donde el acontecimiento se siente sin apropiación y la afectación ocurre sin identificación. Paradójicamente, esta subjetividad —menos centrada y más porosa— permite una lucidez más profunda: porque no necesita afirmarse para ser.

## 9.1 La infancia como umbral: conciencia sin relato

La *conciencia no-narrativa* encuentra en la infancia su manifestación más espontánea. No como nostalgia idealizada, sino como forma de estar anterior a la *estructuración simbólica del yo*. El niño no interpreta el mundo desde una historia personal, sino que lo habita desde la inmediatez perceptiva, sin necesidad de continuidad ni afirmación.

En los primeros años de vida, la subjetividad no se organiza como relato. El tiempo no se experimenta como línea, sino como *sucesión de instantes plenos*. La afectación no se

dramatiza: se inscribe como *variación de estado*. El niño no reconstruye lo vivido para explicarse, sino que lo *atraviesa sin retenerlo*.

La ausencia de ego estructurado permite una apertura afectiva radical. El niño se deja tocar por el mundo sin mediación narrativa, sin necesidad de justificar su emoción. Su curiosidad no responde a una voluntad de control, sino a una *disponibilidad sin estrategia*. No busca poseer lo real, sino *entrar en contacto* con él. No teme el misterio: lo habita sin necesidad de nombrarlo.

El lenguaje, aún en formación, no clausura la experiencia bajo categorías fijas. Por eso el niño puede *nombrar sin definir, preguntar sin exigir respuesta, imaginar sin necesidad de coherencia*. Su palabra no traduce el mundo: *lo dibuja*. En ese gesto, la conciencia se ofrece como espacio de aparición, no como relato de sí.

Esta forma de estar —que no se afirma, pero se dispone— puede pensarse como *umbral fenomenológico*: una zona de pasaje entre la conciencia originaria y la narrativa. No es una etapa a superar, sino una *arquitectura que puede ser recuperada*, no por regresión, sino por *suspensión*. El adulto que logra habitar el presente sin necesidad de afirmarse no vuelve a ser niño, pero sí recupera algo de esa *lucidez sin eje*.

La infancia, entonces, no es solo una etapa biográfica, sino una *posibilidad epistémica*: una forma de conciencia que no necesita afirmarse para alojar lo real. En ella, el yo no se organiza como *centro*, sino como *cauce*. Y en ese cauce, el mundo aparece *sin ser poseído, sin ser explicado, sin ser defendido*.

## 9.2 Conciencia no-narrativa como estado originario

Más allá de la infancia como experiencia concreta, la *conciencia no-narrativa* podría constituir el *estado originario* de la subjetividad humana. Antes de que el yo se organice como relato, antes de que el lenguaje delimite la experiencia y la memoria la encadene, el ser parece habitar el mundo desde una *disposición abierta*, sin necesidad de afirmarse ni explicarse.

Esta hipótesis no propone una regresión idealizada, ni una negación de la narrativa como herramienta simbólica. Más bien sugiere que *la conciencia narrativa es una construcción adaptativa*: una forma de organizar lo vivido para hacerlo compartible y funcional dentro de una estructura social. Pero esa construcción se erige sobre una base más elemental: *una conciencia que no necesita continuidad para alojar lo real*.

La conciencia no-narrativa no es ausencia de sentido, sino *forma distinta de significación*. No traduce el mundo en relato, sino que lo *hospeda como acontecimiento*. No busca permanencia, sino *intensidad*. No afirma identidad, sino que *se ofrece como apertura*.

El yo narrativo aparece como respuesta a la complejidad del entorno, como intento de *estabilizar lo inestable*. Pero esa estabilización, aunque útil, genera una *ilusión de permanencia* que puede volverse obstáculo para la lucidez. La *conciencia originaria* — más porosa, menos estructurada— permite una relación más directa con lo real, menos mediada por la necesidad de control o de sentido.

Desde esta perspectiva, el *pensamiento ético* no se funda en la afirmación del yo, sino en su suspensión. La *disposición hospitalaria* ante el mundo no requiere relato, sino presencia. *Ser no es contar lo vivido, sino dejarse atravesar por ello sin apropiación*.

La conciencia no-narrativa, entonces, no es una excepción ni una meta espiritual: es el *punto de partida*. Lo narrativo es *construcción*; lo no-narrativo, *condición*. Recuperar esa arquitectura originaria no implica negar la historia, sino *habitarla sin identificarse con ella*. No se trata de olvidar el relato, sino de *no quedar atrapado* en él.

Así, el *yo como cauce* —y no como centro— se revela no como invención tardía, sino como *retorno lúcido* a una forma de estar que ya nos habitaba antes de que supiéramos nombrarla.

«De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.» —Mateo 18:3–4

Esta enseñanza, atribuida a Jesús, no exige obediencia ni fe ciega, sino una *transformación del modo de estar*. No propone una doctrina, sino una *disposición*: la de quien abandona la afirmación del ego y se ofrece al mundo como *cauce*, como *apertura*, como *instante*. Ser como niños no es volver atrás, sino avanzar hacia una conciencia más porosa, menos defensiva, más disponible. No se trata de *crear*, sino de *habitar*. No de *afirmar*, sino de *disponerse*.

## 10. Pedagogía del relato y pérdida de la disposición: la mutación inducida del yo

La *conciencia no-narrativa*, explorada en el capítulo anterior como forma originaria de habitar el mundo, encuentra en la infancia su manifestación más espontánea. Sin embargo, esta arquitectura perceptiva no suele ser reconocida como legítima por los dispositivos educativos contemporáneos. En lugar de acompañar esa disposición, la pedagogía tradicional —incluso en contextos laicos y progresistas— tiende a inducir una mutación hacia la *conciencia narrativa*, bajo la premisa de que el relato es condición de salud psíquica y de integración social.

Un ejemplo cotidiano lo ilustra: cuando una maestra de jardín renuncia, *se considera imperativo* que se despida de los niños explicando su partida, generalmente mediante una verdad parcial o una mentira piadosa. El objetivo es preservar una sensación de continuidad, evitar la interrupción, proteger al niño del vacío. Pero esta exigencia responde más a la *ansiedad adulta* que a una necesidad infantil. En ciertas ocasiones, incluso puede ocurrir que la docente participe de una escena de despedida sin desearlo, sostenida por la expectativa institucional o por la presión emocional del entorno. La escena, lejos de ser terapéutica, puede volverse una dramatización forzada, donde el adulto actúa una continuidad que ya no siente, y el niño asiste a un ritual que no necesita. El niño preescolar, aún no estructurado narrativamente, no vive la ausencia como pérdida, sino como *variación*. No dramatiza el cambio: lo atraviesa. La pedagogía, en estos casos, no acompaña la disposición del niño, sino que proyecta sobre él la necesidad de relato que el adulto no puede suspender. Se impone una continuidad simbólica incluso cuando la realidad ofrece una discontinuidad legítima. Como si el duelo solo pudiera ser válido si se representa, como si el dolor tuviera que ser enseñado para ser auténtico.

La *pedagogía del relato* presupone que el niño debe ser preparado para la continuidad, incluso si eso implica desfigurar su forma originaria de estar. Se le enseña a narrar antes de aprender a *habitar*. Se le induce a interpretar antes de *dejarse afectar*. Esta mutación no parece ser natural, sino cultural: una transición forzada desde la apertura hacia la afirmación, desde la disposición hacia la identidad.

La conciencia narrativa, lejos de ser una mejora, puede convertirse en obstáculo para la *lucidez*. La cultura promueve esta mutación como progreso: el adolescente sería “mejor” que el niño, el adulto “mejor” que el adolescente. Pero esta lógica evolutiva confunde *complejidad* con *plenitud*. No todo crecimiento es maduración. No toda afirmación es profundidad.

La *apertura infantil* no es regresiva, sino *anticipatoria*: una forma de conciencia que aún no ha sido clausurada por la narrativa del yo. *Volverse como niños*, en este sentido, no implica ignorancia, sino *disponibilidad radical*: una *epistemología sin pretensión de dominio*. Esta enseñanza, despojada de dogma, revela una clave filosófica: no se trata de *creer*, sino de *volver a habitar*. No se trata de *negar el relato*, sino de *evitar su automatismo*. La narrativa no es enemiga, pero tampoco debe ser mandato.

La pedagogía podría entonces reconfigurarse como *acompañamiento de la disposición*, no como formación del yo. Educar no sería inducir identidad, sino *habilitar apertura*. No preparar para el relato, sino *sostener el instante*. No enseñar a poseer el mundo, sino a *escucharlo*.

El *hábito*, como se desarrolló en el capítulo anterior, puede funcionar aquí como *umbral*: una práctica silenciosa que no afirma, pero *afina*. Una forma de atención encarnada que

prepara el terreno sin exigir transformación. En lugar de enseñar a narrar, podríamos enseñar a *estar*. En lugar de proteger del vacío, podríamos acompañar *su textura*.

La conciencia no-narrativa no es una etapa a superar, sino una *arquitectura que puede ser recuperada*. No por regresión, sino por *suspensión*. El adulto que logra habitar el presente sin necesidad de afirmarse no vuelve a ser niño, pero sí recupera algo de esa *lucidez sin eje*. En ese gesto, la pedagogía deja de formar sujetos afirmativos para acompañar *seres disponibles*.

La *educación para la continuidad*, aunque bienintencionada, puede convertirse en una *pedagogía del malestar*. Al inducir la afirmación del yo, prepara al niño para una cultura que lo exigirá, lo juzgará y lo narrará. Pero quizás, en lugar de enseñar a *contar lo vivido*, podríamos enseñar a *dejarse atravesar por ello sin apropiación*. No para negar el relato, sino para *evitar que se vuelva prisión*.

## 11. Interludio: El hábito como umbral

Tras explorar la conciencia no-narrativa como estado originario y como forma de disposición ante lo real, se vuelve necesario interrogar cómo puede cultivarse esa arquitectura subjetiva en la vida cotidiana. Si el yo como cauce —y no como centro— representa una posibilidad lúcida, ¿qué prácticas permiten sostener esa apertura sin recaer en la afirmación identitaria? No basta con comprender la conciencia no-narrativa: hay que habilitarla. Y en ese gesto, el hábito aparece como umbral silencioso, como frecuencia ética que prepara el terreno sin exigir resultados.

Lo que sigue no intenta explicar el capítulo anterior, sino dejarse tocar por él. Si la conciencia no-narrativa puede vivirse, su acceso exige no solo comprensión, sino *fidelidad*. Esta es una propuesta mínima de ese umbral, tejida en hábito.

A primera vista, “hábito” parece un concepto menor, casi doméstico. Suena a repetición inconsciente, a costumbre sin pensamiento. Pero aquí se desea elevarlo, reinscribirlo como potencia filosófica: no como automatismo, sino como *frecuencia ética*, como una forma de estar que abre posibilidades inéditas para la conciencia.

El hábito, en este sentido, no afirma el yo, pero lo *modula*. No es afirmación, sino *afinación*. Se trata de una práctica sostenida que, sin proclamar verdades, dispone silenciosamente el terreno para que algo aparezca. Como quien barre la entrada de una casa sin saber quién vendrá.

Desde Aristóteles, la habitualidad ha sido pensada como el crisol del carácter: “nos volvemos justos realizando actos justos”, decía. Pero aquí el hábito se despegas del marco *teleológico* y se inscribe más bien como *umbral fenomenológico*: una zona de pasaje

entre la conciencia narrativa —centrada en el yo, reactiva, estructurante— y una conciencia lúcida, operativa, más porosa, menos afirmativa.

El hábito prepara, pero no garantiza. Es una *fidelidad sin promesa*. Practicar el hábito como umbral es entregarse a un modo de estar que no busca control, sino *apertura*. No busca el éxtasis, sino la *ligereza*. No busca la verdad, sino la *textura del presente*.

Así entendido, el hábito es una forma de *atención encarnada*, una ética sin moralismo. No apunta a la superación de la narrativa, sino a su *suspensión intermitente*: al deslizamiento hacia zonas donde el yo se torna cauce más que centro.

## 12. Análisis posteriores: realidad, conciencia y construcción simbólica

Desde la *conciencia no-narrativa* —esa forma de lucidez que no requiere relato para alojar lo real— se puede interrogar ahora el modo en que la conciencia organiza lo vivido como *sistema simbólico*. No se trata solo de *sentir sin ego*, sino de comprender cómo ese yo, desactivado como centro, reaparece como *cauce para interpretar el mundo*. En esta sección, se examina la *realidad* no como dato, sino como *lenguaje*: como aquello que la conciencia *dibuja sobre lo efímero*.

La conciencia no traduce una estructura previa del mundo: *la proyecta en el instante*. Tal como intuía Heráclito, *todo se transforma*, y ese cambio no es anomalía sino *condición*. Desde esta mirada, la realidad no se construye como permanencia organizada, sino como *fluctuación interpretada*. No hay esencia que se mantenga idéntica en el tiempo, solo *configuraciones simbólicas* entretejidas en el flujo del devenir.

Desde esta filosofía del instante, el símbolo no representa lo permanente, sino *lo posible*. Así, lo que llamamos “realidad” puede entenderse como *metáfora operativa*: un lenguaje provisorio que ordena lo inestable sin fijarlo. La conciencia, en lugar de buscar certezas, se ofrece como *espacio para la aparición de lo efímero*.

Incluso la pregunta por la *trascendencia* se desplaza: no hacia un destino último, sino hacia una *fidelidad al cambio*. Como el fuego de Heráclito, la identidad quema y se transforma sin dejar de ser fuego. Pensar es arder en símbolos que no explican, sino que alojan el temblor del mundo.

La *construcción de la realidad* puede entenderse como el esfuerzo de la conciencia por *imponer orden* sobre un universo caótico compuesto de materia y energía. Esta organización perceptiva configura lo que comúnmente denominamos **realidad**: una *narrativa compartida* que habilita la *convivencia simbólica* entre existencias fugaces,

cada una intentando *fixar lo inestable* en un marco provisional. En contraste, cuando dicha construcción es *individual y no compartida*, suele ser calificada como **locura**.

Para que esta construcción sea funcional, debe mantener *coherencia con las leyes universales*. El universo parece operar con independencia de nuestras creencias: no observamos personas caminando sobre el aire ni modificando las leyes físicas mediante actos de voluntad. La realidad, por tanto, no es arbitraria, sino que debe ajustarse a un *marco de regularidades* que trasciende la subjetividad.

Un experimento mental ilustra esta idea: imaginemos un ser hipotético de *dimensiones subatómicas*. Su experiencia del universo estaría regida por *fuerzas radicalmente distintas* a las nuestras, dominadas por la *física cuántica* más que por la clásica. Su noción de realidad sería, por ende, *intraducible* a nuestra experiencia humana. Esta diferencia sugiere que la realidad no es una entidad absoluta, sino una *construcción relativa al punto de vista del observador*.

Estos razonamientos conducen a una *hipótesis ontológica*: la *existencia material* podría ser una *multiplicidad aparente* de una única entidad, proceso o algoritmo complejo. Lo que varía no es la sustancia, sino la *perspectiva*: cada conciencia dibuja una forma del mundo desde su *modo de estar*.

Desde esta perspectiva, la pregunta por la *trascendencia de la conciencia* admite al menos dos respuestas generales. La primera sostiene que la conciencia es un *fenómeno material* que se extingue con la muerte, sin dejar huella más allá del cuerpo que la sostuvo. La segunda contempla alguna forma de *continuidad no material*, con dos variantes: una sugiere que la conciencia se *integra a un nivel más profundo de lo inconsciente*, aportando su *mirada única*. Este tránsito no implicaría juicio, recompensa ni castigo, sino una forma de *reabsorción lúcida* —como un río que se encuentra con el mar y *le dice su nombre*. La otra postula un *retorno a una fuente originaria*, como una gota que vuelve al mar: una *extinción del ego individual*, sin que se extinga el *agua que lo contenía* —como quien *deja de ser nombre para volverse lenguaje*.

Estas tres posibilidades conforman un *abanico especulativo* que no pretende ser excluyente, sino *sugerente*, ya que no pueden verificarse desde nuestra condición actual. Este ensayo no busca resolver el *enigma de la muerte*, sino señalar que, cualquiera sea su desenlace, la *conciencia que somos ahora* es ya un **fenómeno irrepetible**. Lo verdadero podría no estar en lo que perdura, sino en lo que *deja huella al desvanecerse*, como la *vibración de una cuerda que ya no suena, pero modifica el silencio*.

Algunos planteamientos alternativos sugieren que la existencia podría tener un *carácter exploratorio*: no como experimento finalista, sino como *devenir* donde se manifiestan *múltiples posibilidades del ser*. En esta deriva, lo que aparece como selección no responde necesariamente a *criterios morales explícitos*, sino a *dinámicas profundas* que

escapan a la dualidad convencional entre bien y mal —más cercanas, quizás, a una *lógica de lo simbólicamente viable* que a lo éticamente normado.

Desde este enfoque especulativo, el *ente eterno* —si lo hay— no se define por *ausencia de conciencia*, sino por una forma de conciencia que *excede toda gramática posible*: un *saber en movimiento* que se revela en cada *mirada parcial* como *interrupción del absoluto* —no como negación, sino como *fractal de su infinito*. Cada ser, cada punto de vista, encarna esa *totalidad en tránsito*: no como partes de un puzle, sino como *modos del ser que co-perciben desde la diferencia*. Este movimiento especulativo hacia una *conciencia circular* invita a *repensar las traducciones simbólicas del mundo* —en particular, aquellas que han ocupado el centro histórico de la *interpretación religiosa*.

En este marco donde la conciencia es *expresión simbólica del absoluto*, los *sistemas morales* emergen como *traducciones comunitarias del sentido*: ordenamientos que buscan *estabilizar la experiencia colectiva* a través de *mandatos compartidos*.

Desde esta óptica, la *moral religiosa* aparece como **construcción social** con fines organizativos más que trascendentales. Su función principal sería *garantizar la convivencia armónica* dentro de una comunidad, y en muchos casos, *legitimar estructuras de poder*. La obediencia a normas morales no responde siempre a una *búsqueda de verdad*, sino a la necesidad de *instituir un orden legítimo*, donde el poder se vuelve *sacralizado* a través del *mandato ético*. La *legitimidad del poder* se afianza no sólo en la norma, sino en el *símbolo que la recubre de transcendencia*.

En la figura de *Jesús* se revela con claridad este proceso de *condensación simbólica*: si se eliminan del Nuevo Testamento los milagros y elementos sobrenaturales, lo que permanece es una *figura ética* —un *maestro de moral racional* más cercano a una *abstracción filosófica* que a un personaje histórico. Esta lectura fue desarrollada por un joven *Georg Wilhelm Friedrich Hegel* en su ensayo *Historia de Jesús*, publicado póstumamente, donde reproduce el Evangelio de Lucas excluyendo los milagros. Desde esta perspectiva, el *símbolo religioso* no pierde fuerza al ser *desacralizado*, sino que se *reconfigura como sistema ético y pedagógico*, capaz de *orientar sin invocar lo sobrenatural*.

La *figura religiosa*, una vez investida de *poder simbólico*, comienza a funcionar como *dispositivo institucional*. Diversos análisis históricos sugieren que el emperador romano *Constantino I* desempeñó un papel decisivo en la *consolidación de la Iglesia como institución política*. Aunque promovió el cristianismo, continuó siendo *devoto del dios solar Mitra* hasta el final de su vida, aceptando el bautismo cristiano solo en su lecho de muerte. Esta ambigüedad llevó a *Voltaire* a afirmar irónicamente: “*Constantino encontró la fórmula para vivir como un criminal y morir como un santo.*” Esta ironía revela no solo una ambigüedad personal, sino también el modo en que las *figuras religiosas se moldean para servir a las estructuras que las invocan*.

En el *Primer Concilio de Nicea*, convocado por Constantino, se cristaliza una *operación narrativa decisiva*: la *selección y reinterpretación* de elementos del cristianismo primitivo, en particular los milagros, con el propósito de *reforzar la divinidad de Jesús y consolidar la autoridad doctrinal de la Iglesia*. Este mecanismo no es exclusivo del cristianismo: desde Pitágoras hasta Buda, pasando por Apolonio de Tiana y Mahoma, múltiples tradiciones han atribuido milagros a sus figuras fundacionales, consolidando así su autoridad simbólica y doctrinal. La *sacralización* opera aquí como **arquitectura de poder**: un modo de *dotar de legitimidad trascendente al orden institucional*.

En dicho concilio —celebrado aproximadamente tres siglos después de la muerte de Jesús— se fijaron *dogmas fundamentales* como la *resurrección* y la *ascensión*, que aún hoy se recitan en el *Credo*. Una de sus fórmulas más enigmáticas, “*descendió a los infiernos*”, posee raíces más profundas en la *mitología griega* que en los relatos evangélicos: en la tradición helénica, todas las almas emprendían la *katábasis* —descenso al Hades tras la muerte— como parte del *tránsito espiritual*. Aquí el *símbolo cristiano* no nace *ex nihilo*, sino que se *entreteje con imaginarios previos*, revelando su *carácter sincrético* y su *vocación de resonancia*.

## 13. Conclusiones

La *identidad individual* no se revela como **esencia**, sino como *ficción temporal* sostenida por el *relato*, la *habitualidad* y la *conciencia simbólica*. El yo que se afirma como continuidad es apenas una *modulación irreplicable del instante*, una *forma narrativa* sobre lo que ya ha cambiado.

La *realidad* no es un **absoluto**, sino una *construcción simbólica* que emerge desde la *percepción* y se estabiliza para *operar en comunidad*. La *verdad compartida* se sostiene en *acuerdos interpretativos*, no en *evidencias sustanciales*. Incluso nuestros *sistemas religiosos y éticos* podrían ser *expresiones fragmentarias de una gramática del ser* aún sin lenguaje.

En un *universo causal*, el juicio pierde su fundamento si el yo es **ilusión**. La *conciencia*, entonces, no se afirma como *propietaria de lo vivido*, sino como *huésped del acontecimiento*. No *delimita* ni *posee*: *hospeda lo real sin traducirlo*. La *voluntad ética* aparece como *improvisación lúcida*, como *gesto que reconoce la melodía sin haber escrito la música*.

Esta forma de *subjetividad* no busca **afirmarse**, sino *disponerse*: *atravesar el instante sin defensa, sin relato, sin centro*. El yo como *cauce* habilita una conciencia que *no traduce el mundo*, sino que lo *acompaña*. En esa *hospitalidad ética*, el sujeto no domina lo real: *lo escucha*.

El *instante* se revela como el **único territorio que nos pertenece**. No hay *eternidad en la duración*, sino en la *intensidad*. Ser eterno no es *persistir*, sino *estar completamente presente*. *Habitar cada momento como si fuera el primero, el último o el único*: esa es la **plenitud sin afirmación**.

## Glosario filosófico del ensayo

### **Acontecimiento**

Emergencia de lo real en el campo de la conciencia. No se define por su contenido, sino por su capacidad de interrumpir la habitualidad simbólica. El acontecimiento no se explica: se atraviesa. Es la forma en que lo real se manifiesta en lo vivido, interrumpiendo el tiempo del relato.

### **Apertura**

Disponibilidad radical ante lo que acontece. No implica pasividad, sino disposición ética a lo que excede el control del yo.

### **Centro / Cauce**

Dos modos de estructuración subjetiva. El centro organiza desde la afirmación identitaria; el cauce permite el flujo sin apropiación. Pensar el pasaje del centro al cauce es descentrar el yo y dejar que el sentido fluya sin dueño.

### **Cuerpo**

Territorio de inscripción de lo vivido. No es objeto ni instrumento, sino superficie de resonancia entre lo simbólico y lo real.

### **Desidentificación**

Proceso mediante el cual el sujeto se desvincula de la narrativa que lo sostiene como identidad. No implica negación del pasado, sino suspensión de la apropiación simbólica del relato.

### **Deseo**

Fuerza que atraviesa al sujeto sin pertenecerle. No busca objeto ni satisfacción, sino despliegue. El deseo no se posee: se transita.

### **Diferencia**

Condición ontológica de lo múltiple. No remite a oposición, sino a singularidad irreductible. Pensar la diferencia es descentrar el pensamiento.

### **Exceso**

Lo que desborda toda forma, todo sentido, toda captura. El exceso no se elimina: se hospeda.

### **Exterioridad / Frontera**

Lo que no puede ser reducido a lo propio. No separa: conecta. Pensar la frontera es abrirse a la exterioridad como posibilidad de transformación.

### **Frecuencia ética**

Repetición sostenida de una disposición subjetiva —forma de estar— que modula la conciencia sin afirmar el yo (conciencia no-narrativa). Práctica silenciosa que no organiza ni traduce, sino que acompaña y hospeda. Al sostener una frecuencia ética mínima, el hábito se configura como arquitectura encarnada de apertura ante lo real.

### **Identidad / Relato**

Narrativa que organiza la experiencia del yo. Su consistencia es ilusoria, pero su efecto es real. Desarmar el relato que sostiene la identidad no implica perderse, sino abrirse a otras formas de ser.

### **Intensidad**

Modo de presencia que no depende de la duración ni de la afirmación. La intensidad condensa lo vivido en su forma más plena, sin necesidad de continuidad ni estructura.

### **Lenguaje**

Sistema simbólico que permite nombrar, pero también excluir. No es transparente: construye mundo y produce subjetividad. Pensar el lenguaje es pensar sus límites y sus efectos.

### **Memoria**

No es archivo ni repetición, sino reescritura constante del pasado desde el presente. La memoria no conserva: transforma. Reescribe el relato desde el temblor del presente.

### **Presencia lúcida**

Estado de conciencia caracterizado por la atención plena al instante, sin mediación narrativa ni proyección. Ética de la disponibilidad ante la intensidad de lo real.

### **Real**

Lo que no puede ser simbolizado ni representado. No es lo verdadero, sino lo que insiste más allá del sentido.

### **Silencio epistémico**

Zona de lo no dicho que no remite a ignorancia, sino a respeto por lo que no puede ser traducido. El silencio epistémico no es vacío, sino contención de lo inapropiable, como un borde que no se cruza.

### **Tránsito simbólico**

Desplazamiento de sentido entre estructuras narrativas, afectivas o éticas. No implica transformación esencial, sino reconfiguración del modo de significar lo vivido.

### **Vacío**

No es ausencia, sino posibilidad. El vacío no se llena: se hospeda como condición de apertura y silencio ante lo inapropiable. Su forma epistémica es el respeto por lo que no puede decirse.

## Datos del autor

**Nombre:** Gustavo Jorge Ferrero **Correo electrónico:** gus.ferrero@gmail.com **Ciudad y país:** Rosario, Argentina **Fecha:** Septiembre de 2025

## Biografía del autor

**Gustavo J. Ferrero** (Rosario, Argentina) es bioingeniero de formación, con un recorrido vital que lo llevó a desplegarse más allá de los límites disciplinares. Pensador independiente, su mirada filosófica emerge no de la academia sino de experiencias existenciales que reorientaron el sentido de sus búsquedas. Hoy su trabajo enlaza con naturalidad ciencia, arte y tecnología: desarrolla dispositivos electrónicos, perfumes de autor, sistemas digitales, aplicaciones de soporte a las tecnologías de la información y modelos de análisis financiero.

Inspirado por el ideal del *uomo universale*, cultiva una filosofía transdisciplinaria, antidogmática y profundamente conectada con los distintos estratos de la experiencia humana. Sus ensayos se inscriben en una indagación mayor sobre el sentido, el ser y la conciencia, impulsada por una necesidad interior que va más allá del interés intelectual.